Dos novelas premiadas

Un Paraguayo Mira al Hombre

Por ANGEL RAMA

El año pasado Losada reunió a Fryda Schultz de Mantovani, Miguel Angel Asturias, Attilio Dabini, Roberto F. Giusti y Miguel A. Olivera, entregándoles los originales de 19 obras de no menos de cincuenta mil palabras cada una, para que eligieran tres premios y dos accesit. Los resultados de esa engorrosa, incividiable tarea, están ahora a la vista, y aunque ejemplos anteriores — el concurso de Losada que premió la novela *La iluminada* de Benitez de Castro — nos habían hecho algo escépticos acerca de estas competencias, entre los tres libros que tenemos a la vista hay uno que justifica con holgura el largo trabajo: una obra de arte que es una novela consumada, inteligente, rica de invención y de inspiración. Hablamos de la obra de Augusto Roa Bastos, *Hijo de hombre*.

★ *Hijo del Paraguay*

Roa Bastos es, en primer término, un hijo del Paraguay. No sólo porque haya nacido en Asunción el 13 de junio de 1917, no sólo porque haya estado vinculado fervientemente a su actividad periodística —fue secretario de *El País*— y a los episodios mayores de su infausta vida política desde la guerra del Chaco hasta la opresión dictatorial que le ha valido el largo exilio, sino porque su vida interior, los personajes y temas de sus libros, el aire de su narrativa, la tensión precisa de su invención literaria responden a esa tierra y a esos hombres compartidos hondamente. Con él el Paraguay ha alcanzado esa envidiable condición sociológica: tener quien lo exprese en el arte y, mejor, quien lo entienda en algo que es más que el acaecer de la vida nacional: en la riquísima viva de sus hombres y en su intrahistoria.

Pero conjuntamente no hay en él nada que lo someta a ese mero regionalismo que descansa la invención literaria en la originalidad pintoresca, apariencial, de una guarandropía, un elenco de costumbres tradicionales, una escenografía, —trampa a que han sucumbido numerosos talentos americanos. Roa Bastos es un novelista moderno, con un sentido muy actual de la prosa narrativa, de las estructuras literarias y, sobre todo, del manejo vivo, en lo concreto, de las ideas. Podría atribuirse a sus viajes europeos, a su entendimiento de la buena literatura del siglo y particularmente a una sensibilidad abierta, su manera hábil de sortear los peligros del costumbrismo, si no fuera que por encima de esas condiciones se alza una que se ha revelado como básica para la creación narrativa de hoy y que Roa Bastos posee visiblemente: una previa interpretación ideológica de la vida, cuya nobleza y dignidad está en el origen de sus criaturas novelescas aureoladas de verdad: una orientación narrativa de la percepción.

Estos rasgos, que en la colección de cuentos **El trueno entre las hojas** ya habían sido revelados, son los que explican que este "hijo del Paraguay" que es Roa Bastos haya podido escribir un libro sintomático como es titulado **Hijo de hombre**. Ser fiel a solicitaciones diversas, encontrar para ello una solución que contemplara los mejores aportes de esos ricos concurrentes, ha sido el problema mayor del escritor paraguayo. Tal problema se tipifica en su conducta respecto a la lengua, que junto con él afecta a todos los narradores de su país. Una tierra en que la lengua corriente popular es el guaraní y en que el idioma español sobrevive con ella sin haberla desplazado ya es prueba la consistencia de la vitalidad del habla autóctona, plantea un serio dilema al escritor que considere indispensable seguir apegado a la nutrición verdadera de su lugar, y que aspire a la comunicación con sus habitantes.

Roa Bastos ha hecho la elección "escandalosa" que ya antaño resolviera Unamuno en condiciones similares, optando por la lengua más universal que es, a la vez, la que

por la construcción particular de la novela: tanto en el uso del tiempo como en el uso de las vinculaciones entre los personajes. Los nueve capítulos de la novela corresponden, en realidad, a nueve cuentos con bastante autonomía literaria en su planteo, desarrollo, y desenlace, no ajustándose ni interiormente, ni entre sí, a un estricto desarrollo cronológico. Parecería mostrarse aquí la influencia de los hallazgos técnicos de la vanguardia occidental —Huxley, Woolf, Faulkner— no como mero ejercicio formal, sino supeditados a una dirección del texto para el cual el tiempo está oblicuado, sometido a una repetición constante. El lector siente que está reviendo cosas conocidas, que aun cuando son nuevos, los sucesos parecen ya vividos, y en verdad lo han sido en circunstancias tan similares que podrían proyectarse tanto en el pasado como en el futuro. Y es también igual y permitente la resistencia que las figuras populares oponen a la opresión constante.

En cuanto a los personajes Roa distingue por una parte a Miguel Mora, cuya presencia repetida le da un vago aire protagónico, y por otra parte el conjunto de paraguayos, más quietos y desde luego más auténticos. Dichos personajes alcanzan relieve protagónico en los cuentos separados, pero ninguno de ellos es el eje de la novela. Voluntariamente el autor ha ido sustituyendo nombres a lo largo del libro: Gaspar Mora, María Regalada, Casiano Jara, Cristóbal Jara, Salu'i, Crisanto Villalbe, y aun quedan niños como Alejo y Cuchuí para los que el tiempo recién empieza cuando el libro ha terminado pero para los cuales, si no el autor la vida, les reserva cuotas parecidas de sufrimiento y de rebeldía. Cuchuí, presunto nieto de Gaspar Mora; Alejo, hijo de María Regalada y de Alexis.

★ *De Dios al Hombre*

Este pasaje de uno a otro hombre obedece a una línea significante profunda. Al finalizar la novela, Miguel Vera que es, en definitiva, el intelectual timorato que quiere y no puede, que carece de voluntad y es sólo la conciencia lúcida, reflexiva, de los hechos, reconoce: "Pienso en los otros seres como ellos, degradados hasta el último límite de su condición, como si el hombre sufriente y vejado fuera siempre y en todas partes el único fatalmente inmortal". Así son los hombres que se suceden en la novela: inmortales, pero en un sentido biológico: son padres, engendran hijos que a su vez engendrarán otros hijos, todos sacrificados. Es Vera el único que no tendrá descendencia. "El hombre es como un río más hijos... decía el viejito Macario Francia. Nace y muere en otros ríos. Mal río es el que muere en un estero".

Pero además es en ese cielo vital permanentemente abierto donde haya Roa el testimonio de la grandeza humana. Así lo piensa cuando María Regalada está contemplando a su hijo Alejo que tuvo con Alexis Dubrowsky, el extraño médico que se parecía a Albino Jara— y se dice: "Había algo de anunciación en esa niño, guarecido en la soledad de su sueño como en una región inaccesible, donde quedaba futuro mesclaban sus fronteras. Engendrado por el estupor, estaba allí sin embargo para testimoniar la inocencia, la incorruptible pureza de la raza humana, puesto que en él todo el tiempo recomenzaba desde el principio".

En cada hombre está el pasado y el futuro, el tiempo recomienza con él, la pureza más honda reaparece y vive, y es esta convicción la que explica la estructura literaria y el comportamiento de los personajes de Roa Bastos.

Cuando se habla de "hijo de hombre" no puede evitarse la aproximación inmediata a quien se le llamó por antonomasia "el hijo del Hombre", aquel de quien anunció Ezequiel: "Hijo del hombre tú habitas en medio de casa rebelde... Coma tu pan con temblor y bebe tu agua con estremecimiento y con ansiedad... Y pasará la cuarta sobre ti, oh hijo del hombre y le pondré por señal y por fábula, y yo le cortaré de entre mi pueblo". Es el Cristo, cuya presencia implícita ronda el comienzo de la novela, a la manera, aunque más contenida, con que Kazantzakis trazó su novela *Cristo de nuevo crucificado*. Pero con una radical diferencia. Mientras Kazantzakis pedía todos sus términos el drama sacro establecíendolo entre los hombres, Roa Bastos traspasa la cima a la exclusiva zona de lo humano: no es el hijo de Dios, sino el del Hombre, el que le trae. Contemplando la imagen que talló en su retiro el leproso Gaspar Mora, puede decir: "O era Dios y entonces no podía morir. O era el hombre, pero entonces su sangre había caído íntimamente sobre esa cabezas sin redimirlos, puesto que las cosas sólo habían cambiado para empeorar".

Y concluye que es un hombre, el hombre permanentemente sacrificado, que deja su semilla en la tierra, una semilla inmortal, para que continúe su obra. El viejo Macario exclama enfurecido al sacerdote que pretende expulsar del templo la imagen tallada: "Habla por su boca de madera... Dice cosas que tenemos que oir... ¡Oiganlo! Yo lo escucho aquí... —dijo golpeándose el pecho. Es un hombre que habla! ¡A Dios no se le entiende... pero a un hombre sí". Y cuando el venal Fidel Maíz consagra el cerro de Tupé donde se ejerce el crucifijo con el Cristo lo bautiza Tupá-Rabé (Camino de-

(Pasa a la Pág. siguiente)

Una Mujer Mira al Uruguay

★ **El talento narrativo de Roa Bastos** era conocido antes del premio de Losada; el de Ofelia Machado Bonet no, y la lectura de su libro está muy lejos de confirmarlo. Por eso, y por tratarse de una intelectual de amplia actuación, poeta, autora de varios volúmenes de crítica literaria, profesora, ex-inspectora de literatura, de quien se ignoraba afición alguna a la prosa creativa, el segundo premio en el Concurso de Losada fue tan sorprendente y movió a tanta curiosidad como el que hace unos años alcanzara otra uruguaya, Giselda Zani, en el Concurso de Emecé.

★ *¿Vida de una mujer uruguaya?*

"Un ángel de bolsillo o los misterios de la vida de una mujer moderna" podría haberse titulado, a la antigua, este libro. Una mujer, que responde al pomposo nombre de Ilse d'Avignon que ella lleva con bastante soltura, nos cuenta su vida desde que nace hasta que ya está enterrada, y muerta. ¿Una vida uruguaya? Las 240 páginas cuentan este cuento: una uruguaya, nacida en una familia burguesa, es educada en la escuela de la calle Cuareim y luego de Canelones y Salterain; hace su liceo en la Sección Femenina, su preparatorio en el Vásquez Acevedo donde conoce a Leonardo, su primer y casto amor, aunque una vez, irrepetida, **"en un encadenamiento progresivo de caricias tiernas y temblorosas, con perfecta naturalidad, llegamos a la culminación del sentimiento"**. Luego él muere: **"una pulmonía doble, con complicaciones, lo venció"**, y posteriormente ella se dedica al teatro. La puntual enfermedad de la actriz que iba a interpretar a Ayola (no se dice si 1ª o 2ª) en la obra de Lorca, le permite un primer destaque, comienzo de una gran carrera: Hedda Gabler, Madre Coraje, un viaje a San Pablo, la transforman en **"la actriz joven más célebre de nuestro medio"**.

Conoce a una mujer casada y con dos hijas, Elena, con la cual establece una apasionada relación: **"Sentándose a mi lado, su boca buscó con suavidad la mía y nuestros labios se devoraron locamente, en la desesperación y en el éxtasis"**, **"era el amor nuestro, único, divinamente censurable, turbador, infernal"**. Pero Elena hace honor a su nombre; la abandona por Celso Barragán, hombre de **"baja ascendencia hasta en el modo de respirar"**. Este, en el sueño de Ilse, se le presenta como **"un autodidacta, admirador de los griegos"** y le propone reeditar el apacible triángulo de **La invitada** de Simone de Beauvoir; ella lo rechaza, él insiste, ella se defiende, por último lo mata; sólo en el sueño.

Conoce a un político aficionado al teatro, William Wendal, casado y dominado por su mujer, quien se aparece una noche por el apartamento de Ilse con el poco plausible pretexto de que creía que se alquilaba. Esto y otras debilidades llevan a Ilse a abandonar a William y a aceptar el casamiento que le ofrece el bueno de Daniel su antiguo compañero de juegos.

Segunda parte: Daniel es estanciero, buen mozo, moreno, un gentleman, tiene estancias, un palacio —de la familia— en la Avenida Alvear, Bs. Aires. Ilse nos cuenta su vida suntuosa: **"Nos desayunamos, ¡y con qué apetito! en el lecho. Nos levantamos muy tarde. Luego nos ponemos nuestro equipo de tenis, y religiosamente, todas las mañanas, con frío o con calor, corremos durante media hora o más, con nuestras raquetas, detrás de las blancas pelotas..." "Luego nos metemos en la piscina y nadamos otra media hora." "Después nos vestimos para el almuerzo"** que a Ilse le aburre por lo protocolar. **"Me siento feliz cuando el mayordomo me alcanza la nutrida correspondencia que mantengo con personas de mi país."** De tarde: cine, teatro, visitas a otros bienaventurados, luego un night club oscuro y susurrante y al volver, después de un "souper froid" en la impecable cocina reformada. **"la noche se extiende perfecta y gloriosa. Daniel es solícito, tierno, fantásticamente considerado. No es un profesional del amor, ciertamente, pero despliega la turbadora maestría del hombre que verdaderamente ama"**. O, más adelante: **"Daniel es tan pulcro que me gusta hundir mis labios en sus axilas, las que conservan aún la suave fragancia del Brighton"**.

Y así pasan los días, felices felices, salvo algunas inquietudes menores: un pariente asesina a su mujer pero Ilse encubre la verdad y cuida su propia coartada; una vez huye de la casa pero Daniel la recobra; una hija de Elena cree tener un hijo y el seductor desaparece; se van muriendo los familiares y al fin ella también muere, poco antes de partir hacia Europa. (Voila à quoi rêvent les femmes uruguayennes.)

★ *Novela rosa a lo moderno*

A esta altura no es sólo el lector, sino también la autora la que ha sospechado que está **"haciendo una novela rosa destinada a satifacer las frustradas ansias de amor de las solteronas latinoamericanas o de las casadas insatisfechas"**. Estas palabras las pronuncia el ángel de bolsillo, un espíritu que acompaña a Ilse d'Avignon desde la escuela, la protege y la incita a seguir sus deseos, y que ha de desaparecer para que ella alcance la plena felicidad tanto en el palacio de la Av. Alvear como en los hoteles Nogaro y Ermitage que son los que utiliza en Montevideo.

En un "epílogo que debió ser prólogo y se quedó en intermezzo" la autora confiesa: **"quise escribir un libro revolucionario, escandaloso, cínico y obsceno"** con el cual llamar la atención porque: **"me sulfura la clase de prestigio de mi nombre verdadero, pues, a pesar del lodo que quiero capitalizar escondido, soy persona respetable, tranquila, miembro de una sociedad burguesa y honorable"**. El autor nos lo dice todo, revelándonos que el "saganismo" no es coto privado de adolescentes con afán de triunfo sino que también alcanza a las edades más reposadas. Imitadores de una u otra edad no quieren comprender que para alcanzar el plano de la excelencia escandalosa son necesarias dos cosas: haber hecho auténticamente las experiencias y tener un auténtico talento narrativo.

Es lamentable que el "ángel de bolsillo" no le explique a Ilse d'Avignon que los deliquios imaginativos exigen otras condiciones más humildes y llanamente literarias, como ser: sentido de la estructura; economía del relato; ordenación y graduación de materiales; retrato cabal y mínimamente verosímil de los personajes; invención en los episodios; alguna atención discreta por la prosa. Sin ello lo que nos queda es una imaginería desbordada, muy a la moda, con una ingenuidad muy doméstica atizada por libros y películas, que nada permite aproximar a los nombres de Jean Paul Sartre o Françoise Sagan, como hace explícitamente el autor.

Comprendemos la excesiva estima que un autor experimenta por sus obras; no así este rotundo desborde: **"Mi libro será, lector, tu ángel de bolsillo, tu refugio inconfortable, tu coraje más puro, tu vejamen disolvente, tu patria verdadera, tu verdugo y tu gloria. El banquero lo querrá encerrar, vanamente, para que no lo perturbe, en una caja fuerte. El general pretenderá hundirle su inútil espada: el guardián querrá imponerle sus frágiles cadenas; el profesor le dará sus viejos narcóticos docentes: la mujer pública lo acunará en sus brazos"**.

Es triste desilusionar a los demás, pero hay que confesar que es difícil que perturbe tanto a nadie, salvo a los críticos que deben leerlo pacientemente hasta el fin.

★ *¿Una novela con clave?*

Pero este volumen de escasos valores, podrá tener igual una propuesta gloria montevideana. Ilse d'Avignon va poniendo en nuestro camino diversas pistas confusas para que sospechemos que se trata de un libro de memorias y que los personajes que aparecen están tomados del natural. Así, en la pág. 100 dice que el libro quadará inédito **"y aunque se publicara, sólo los iniciados llegarían hasta las páginas finales: pero los iniciados ya lo saben: ¿para qué, entonces, escribo este libro? Porque soy la divina Eulalia que ríe, ríe, ríe, sin saber por qué"**. (Anotemos que el último dislate puede caer en la cuenta del "ángel de bolsillo" que es quien redacta este texto).

¿Quiénes son los iniciados? ¿Los montevideanos? ¿Los amigos? En verdad el libro no desdeña ninguna coyuntura para que Ilse dé opinión sobre conocidos tópicos: el capítulo XXXVIII, "Polémicas" está dedicado a las anteriores vísperas electorales y a la necesidad de un cambio político, con referencia a difundidas corrupciones nativas; un viaje al interior motiva observaciones sobre el progreso económico sanducero; se habla de **"las destructivas crónicas cinematográficas o teatrales modernas, de los jóvenes especialistas en negaciones diarias permanentes"**.

Además hay una galería de personajes ocasionales, sin ninguna participación en la acción narrativa, que parecen traídos por el afán de la burla o la venganza, según se les puede ocurrir a los suspicaces que sobran en este país.

En el bar de Caubarrère Ilse distingue a dos mujeres: Mireya Fuentes y Alcira de León, que describe en estos encomiásticos términos: **"Alcira es algo así como un nuevo rico de la cultura: se esmera por demostrar a todos, no obstante las lagunas de su preparación por no haber seguido los cursos de la enseñanza media, que es sumamente culta, sobre todo en literatura francesa. Tendremos que soportar sus citas en francés terriblemente afectado. Si ella fuera más natural, parecería, verdaderamente, más culta. Mireya es temible por otros motivos: escritora que nadie lee. Pero será necesario oir el recuento de sus éxitos, sobre todo en el extranjero, las invitaciones que ha recibido de Universidades de aquí y de allá, para dictar conferencias. Era muy gordita y, con severo régimen consiguió adelgazar muchos kilos. Ahora mira desdeñosamente a quienes los conservan"**.

El capítulo XLIII es uno de los tantos "hors d'oeuvre" de la novela, se titula "Un ejemplar" y destila una ferocidad que no parece exclusivamente literaria, como comprobará el lector leyendo las líneas con que empieza:

"Sus rasgos toscos. Cree tener una mente robusta, pero lo que posee es una formidable memoria bien administrada. Vive usufructuando el prestigio de esa elefantiasis mnemotécnica. En su juventud escribió espantosos versos y por eso se cree el más grande poeta del continente. Amenaza con muchas publicaciones críticas desde hace años, pero felizmente para los que podríamos vernos en el compromiso de leerlas, no aparecieron todavía. Se llama Narciso Iñiguez."

Después de historiarle la vida, anotando que **"a fuerza de autobombo, de adulación y de asedio consiguió un cargo docente"**, que por sentirse fracasado se dedicó a destruir a los demás, que **"consiguió quitarles cargos a otros pero le dio un colapso"** y que **"polemizar con él es luchar contra un pulpo desleal"**, lo pone en una recepción subrayando lo que ella llama su ordinariez y su incultura, para por último darle la palabra:

"Yo fui el primero, en el Uruguay, que escribió sobre Herrera y Reissig porque nadie lo ha comprendido como yo... Yo enseñé a los profesores cómo debían hacer un estudio exhaustivo de Rodó... En una carta que me escribió Alfonso Reyes elogiando mi obra... Los poetas del Uruguay me han imitado porque hay mucha piratería literaria, pero yo quiero ser magnánimo y por eso no los he acusado ante la justicia... La editorial X de México me pidió una obra sobre Rodó y otra sobre Zorrilla de San Martín y ya he firmado sendos contratos... Yo fui el promotor de ese movimiento cultural... Cuando Supervielle me escribió diciéndome que mis poemas son bellísimos... Las nuevas generaciones siguen el camino que yo les enseñé, porque en mis cátedras y en mis ensayos, yo, yo, yo...".

Este penoso ejercicio —apuntamos los datos más suaves— contamina rápidamente el resto de la novela, y es fácil ponerse a sospechar que personajes como Celso Barragán, Wendal, la lesbiana Elena, también aspiran a recensar la fauna montevideana. La investigación detallada de tales similitudes podría ser una parva compensación a la falta de interés narrativo del volumen: también una comprobación del bajo nivel de nuestra vida intelectual.

(Viene de la Pág. anterior)

Dios) mientras que Macario lo llama **Kuimbaé-Rapé** (Camino-del-Hombre).

De ahí que los distintos episodios de la novela —la rebelión agraria, la vida en los yerbales, los prisioneros políticos en su isla, la guerra del Chaco, la persecución política— no sean expuestos linealmente como la historia contemporánea de un país, sino que sean iluminados por su significación intrahistórica, y en último término sean las coyunturas concretas merced a las cuales un testigo apasionado descubre la raíz de su pueblo.

Estéticamente estamos en la operación de un realismo crítico, capaz de una dicción seca, tumultuosa y doliente por excepción, que elude el discurso explicativo dando la palabra a sus personajes. Estos se expresan a través de la acción que emerge naturalmente de sus vidas recobradas en la íntegra totalidad, sin esquematismos ni simplificaciones. Estamos frente a una prosa precisa que no carece de sensibilidad para el sustrato poético de la vida, y que sobre todo es capaz de engranar naturaleza y hombre en un compuesto armónico y viviente. Estamos frente a una gran novela americana, a una auténtica creación artística.